

El duelo del coronel

The Mourning of the Colonel

O dó do coronel

Larissa Hernández

Fue profesora e investigadora del Centro de Investigación de la Comunicación de la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. Candidata al Magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Actualmente es coordinadora y productora general de actividades educativas y eventos culturales de la Fundación Gabriel García Márquez de Nuevo Periodismo Iberoamericano.

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>
doi:10.11144/javeriana.CL18-36.eddc

Cómo citar este texto:

Hernández, Larissa. "El duelo del coronel". *Cuadernos de Literatura* 18.36 (2014): 130-133. <http://dx.doi.org/10.11144/javeriana.CL18-36.eddc>



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ considera que para contar acerca de la violencia lo más importante son los vivos y no los muertos y así lo expone en su artículo “Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia” (1959), en el que discurre sobre la novela de la Violencia en la Colombia de mediados del siglo XX: “El drama era el ambiente de terror que provocaron esos crímenes. La novela no estaba en los muertos de las tripas sacadas sino en los vivos que debieron sudar hielo en su escondite, sabiendo que a cada latido de su corazón corrían el riesgo de que les sacaran las tripas” (“Dos” 104). *El coronel no tiene quien le escriba* es su novela sobre la violencia en Colombia, y la inicia con la muerte: no la presenta de una manera escabrosa sino a partir de sus consecuencias. El coronel es un personaje fracturado; su único hijo, Agustín, ha muerto hace varios meses cuando un soldado lo asesinó mientras repartía propaganda subversiva durante una pelea de gallos. Un duelo que sumirá al coronel y a su esposa en el dolor y la desesperanza sin reservas. Además, García Márquez se vale de la muerte de otro personaje, un músico del pueblo, para dejar claro que Agustín es apenas una víctima más de esa violencia:

—Este entierro es un acontecimiento —dijo el coronel—. Es el primer muerto de muerte natural que tenemos en muchos años. (*El coronel* 11)

De la tristeza pasan a la rabia, y de la rabia al miedo. Miedo a apagar las luces en la noche para no morir en tinieblas. Miedo a la muerte que ya es colectiva. Siempre hay el riesgo de salir muerto a tiros de la gallera. Pero peor que morir es sobrevivir. El coronel se sirve de juegos de resistencia y oposición como única manera de hacerse reconocer por su esposa y como una forma de que subsista la posibilidad de la palabra. La nostalgia por el hijo perdido se reaviva cada vez que una situación les recuerda al ser amado. Esta nostalgia va acompañada por un sentimiento de culpa relacionado con las circunstancias de su muerte:

—Me parece que lo estuviera viendo cuando salió con el gallo debajo del brazo. Le advertí que no fuera a buscar una mala hora en la gallera y él me mostró los dientes y me dijo: “Cállate, que esta tarde nos vamos a podrir de plata”. (41)

Luego se aferrarán a su fe cristiana: la de una vida de existencia, una vida después de la muerte. A esta crisis emocional se sumará la miseria en la que se encuentran. No solo deben luchar por sobrevivir al desconsuelo, también a la pobreza. Pero la miseria es generalizada. Esta será otra de las consecuencias de la violencia. El país no se había recuperado aún del descalabro económico producto de las guerras civiles y ahora se encontraba en medio de una nueva guerra.

El coronel se había roto el cuero para salvar la república. Cincuenta y seis años después seguía esperando el pago de su pensión del Ejército.

Así, García Márquez mostrará el alma y el cuerpo enfermos del coronel y su esposa, así como un país enfermo de burocracia. Una forma institucionalizada de violencia que actúa como un complejo modo de dominación:

—Unos documentos de esa índole no pueden pasar inadvertidos para ningún funcionario —dijo el coronel.

—Pero en los últimos quince años han cambiado muchas veces los funcionarios —precisó el abogado—. Piense usted que ha habido siete presidentes y que cada presidente cambió por lo menos diez veces su gabinete y que cada ministro cambió sus empleados por lo menos cien veces. (35-36)

Y cansado de esperar pero no desesperanzado, después de veinte años el coronel toma la determinación de cambiar de abogado, anhelando que el caso se resuelva en dos años, antes del vencimiento de la hipoteca de la casa. Cambiar de abogado quizás solucione sus dificultades, pero no remediará el problema político del país.

El coronel está pasando por un proceso de duelo pero no de melancolía; para él la vida es aún la mejor cosa que se ha inventado. Por ello instala en su realidad un marco soportable de vida. Esto lo obliga a tomar decisiones, a reunirse con gente, participar en política y además le brinda la ocasión de soñar. Colombia necesita un cambio y él se hace parte de la lucha por ese cambio al continuar con las operaciones clandestinas de Agustín, también como una forma de mantenerlo vivo. De allí la estrecha relación que mantiene con los amigos de su hijo, con quienes no solo comparte el interés por las peleas de gallos sino las mismas ideas políticas. Al colaborar con ellos se siente más joven y lleno de vida.

Poco a poco el dolor del coronel se verá mitigado al fijar sus esperanzas en las oportunidades que tiene el gallo de ganar. En el fondo se trata de una nueva lucha que debe librar, esta vez para reconquistar su propia vida.

—Qué se puede hacer si no se puede vender nada —repetió la mujer.

—Entonces ya será veinte de enero —dijo el coronel, perfectamente consciente—. El veinte por ciento lo pagan esa misma tarde.

—Si el gallo gana —dijo la mujer—. Pero si pierde. No se te ha ocurrido que el gallo puede perder.

—Es un gallo que no puede perder.

—Pero suponte que pierda.

—Todavía faltan cuarenta y cinco días para empezar a pensar en eso —dijo el coronel.

La mujer se desesperó.

—Y mientras tanto qué comemos —preguntó, y agarró al coronel por el cuello de la franela. Lo sacudió con energía—. Dime, qué comemos.

El coronel necesitó setenta y cinco años —los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto— para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder.

—Mierda. (79)

Pero no solo él resolverá el duelo a través del gallo, a la par lo hará el resto del pueblo. Todos han volcado sus expectativas en la próxima pelea. Finalmente, el coronel comienza a reconstruir su forma de afrontar el mundo y replantea su vida. Después de cincuenta y seis años de inercia comienza a actuar. Y su actuación influye en lo que sucede a su alrededor. Camino de la gallera a su casa, con el gallo bajo el brazo, se da cuenta: “No se arrepintió. Desde hacía mucho tiempo el pueblo yacía en una especie de sopor, estragado por diez años de historia. Esa tarde —otro viernes sin carta— la gente había despertado” (72).

Obras citadas

García Márquez, Gabriel. *El coronel no tiene quien le escriba*. Bogotá: Norma, 2009.

—. “Dos o tres cosas sobre la ‘novela de la violencia’”. *Eco* 205 (1960): 104-108.